

clara, pues se llamaron amigos. Y era natural la nueva pregunta de los guardias, quienes demandaron á qué persona ó cosa consagraban aquella amistad invocada para pasar por donde no podía pasarse de ningun modo sin romper estrecha consigna. Entonces tuvieron que revelar el nombre de Bothwell sin precaver ni presentir cuántos cabos dejaban sueltos para conocimiento y averiguacion del próximo crimen. Mas no pararon aquí las imprudencias. Habian de pasar por nuevas puertas y necesitaban despertar á nuevos centinelas. Los despertaron sin escrúpulo, sembrando así en su proceloso camino el rastro de largas y terribles sospechas. Por fin llegaron á la entrada misteriosa del tabuco, donde la víctima inocente se hallaba desprevenida por la segura confianza en su infiel esposa. Al aparecer el conde por el jardín contiguo al régio alojamiento, los dos asesinos, preparados y ocultos en la casa desde que salió la Reina, penetraron por medio de las dobles llaves en la régia estancia y cometieron el infame asesinato. Darnley, que no aguardaba en aquel momento á nadie, sino á la Reina, se incorporó sobre su lecho comprendiendo por el inesperado ruido que no se trataba de gentes llegadas de fuera, sino de gentes metidas por dentro de la casa, y por ende, apostadas allí para cometer un crimen como tantos otros de los cometidos en aquellos infernales palacios. Por un sentimiento de pudor envolvióse Darnley en su traje, y bajó seguidamente de la cama. Los asesinos le arremetieron á una con furor; y no le dejaron tiempo alguno para que pudiese valerse de armas, ni huirse á sus terribles asechanzas, ahogándole sin piedad en el acto. Darnley murió, pues, allí, extrangulado; y de la misma suerte acabaron aquellos hombres con su paje Taylor, el cual ni siquiera se habia despertado del sueño profundo, en que cayó despues de haber recibido del Rey las pruebas de su extrema confianza. Inmolados los dos, fueron sus cadáveres conducidos á una huerta vecina, y lanzados allí con suposicion de haberlos arrojado la explosion, que tenian preparada y que luégo consumaran. Efectivamente, ahogados así monarca y paje de manera tan horrorosa, encendieron la mecha que conducia directamente al barril de pólvora, y se apartaron todos á cierta distancia de la casa. No serian las tres de aquella terrible mañana, cuando un estallido espantoso y un trueno retumbante hicieron saltar en mil fragmentos el tabuco, habitacion siniestra y nefasta del monarca infeliz de la infeliz Escocia. Por tan ex-

traña manera concluyó aquel hombre, hijo de los Tudores y de los Estuardos, nieto de cien reyes, pariente de las principales familias escocesas y británicas, príncipe de nacimiento, hermoso de figura, dotado con todas las prendas del cuerpo aunque poco favorecido por la fortuna en su corazon y en su inteligencia, muy ambicioso como todos cuantos nacen cerca del trono, pero mas amante que ambicioso todavía, y á quien, si no puede la historia disculpar en sus ligerezas, puede absolverlo á lo menos por su irreparable desgracia y por sus funestos amores.

El estruendo, verdaderamente horrible, de la inesperada explosion, despertada con celeridad á los vecinos cercanos, nuevos vigilantes, y dispersa en varias direcciones á los perpetradores del terrible asesinato, espantados á una de sí mismos. Bothwell se pone pronto en cobro dentro de Bolyrood, el palacio régio, tanto tiempo habitado por su víctima. Y todavía está inquieto, sin calma ni sueño, porque no descansan los remordimientos con facilidad, ni se rinden á las fatigas del cuerpo, cuando entran domésticos de la servidumbre real, horrorizados y despavoridos, á darle con lamentos la increíble nueva. El conde asesino, que por aquellos momentos acababa de desvestirse con precipitacion su hábito siniestro, se lo viste de nuevo, y seguido por una turba de soldados corre al sitio, donde aun humean las recién amontonadas ruinas. Ya estaba, desperto al estruendo, el pueblo allí, encrespado por la tempestad natural, que movia en sus pasiones el trágico espectáculo. Diríasela una catástrofe de la naturaleza por lo colosal y lo terrible. Piedras ennegrecidas, escombros amontonados, restos y fragmentos de muebles, señales de incendio, manchas de sangre, cadáveres como los causados por la desgracia de Pompeya, todo esto presentaba el sitio escogido por la humana perversidad y sus desapoderadas ambiciones para cometer aquel extraño crimen. Bothwell llega, como si todo le cogiera de nuevas; aparta con sus brazos las muchedumbres que lo cercan como el náufrago los remolinos que lo ahogan; recoge los dos cadáveres con prontitud y sin permitir su exámen por las estupefactas muchedumbres, y los deposita en una casa vecina; guardándolos como una feroz alimaña pudiera guardar sus codiciadas presas. Pero la multitud ha tenido tiempo sobrado de averiguar con su revelador instinto como aquellos dos cuerpos no tienen señales de quemadura, y no han sido lan-



zados al huerto, donde se hallan, por las explosiones, sino depuestos por manos cuidadosas despues de inmolados bárbaramente. Y si pudiera caberle duda al pueblo en su sospecha, serviria para desvanecerla el celo de Bothwell por preservar los sacrificados á las miradas del público y la prontitud con que les da tierra sigilosamente para que desaparezcan de la luz y del aire, aunque no puedan desaparecer de la íntima conciencia sus nefastas sombras.

María recibió al esposo muerto de manos del amante vivo; y lo depositó sigilosamente, sin aparato, en la capilla de su palacio. Recluyóse, por el bien parecer, en apartado retiro, y en profundo silencio; pero no dió ninguna muestra de horror, bien al revés de las dadas en el asesinato de Riccio; ni procuró, como entonces, la expiacion de los asesinos. Tenia delante de sí, en su propia cámara, los objetos preciosos trasportados la víspera del asesinato, y no provocaron ninguna emocion en aquella sensible alma y en aquel nervioso temperamento. El jefe de los asesinos continuó siendo su privado y el director de su política, como el Consejo áulico suyo continuó componiéndose de los fautores y cómplices del nefando crimen. María Estuardo se acuerda como siempre de su predilecta Francia, y escribe á su redomada suegra Catalina de Médicis lo acaecido; pero añadiendo inmediatamente su ignorancia respecto á los autores del acaecimiento, como si no hubiera ido á Glasgow en el momento de sus mayores odios y repugnancias á seducir el dócil corazon de Darnley, tan enamorado; ni le llevara con halagos mentirosos á las cercanías de Edimburgo para encerrarlo en el funesto tabuco, donde le prodigaba todas sus caricias mientras los asesinos le apercibian la muerte, perpetrada por su propio amante á sus sabiendas y con su adhesion, á la hora misma que se divertia ella con ligereza y regocijo en los placeres de un baile. El pueblo, que sabia todas estas cosas, no se daba ciertamente á engaño. Los apellidos de los homicidas aparecian puestos en grandes carteles, cual si una mano misteriosa los hubiera escrito. En el silencio de la noche, á la hora de ánimas, voces extrañas los proferian como maldiciones infernales, entre las tinieblas y el silencio. Toda la servidumbre real á devocion de María Estuardo aparecia en aquellas revelaciones; y la Reina, huyendo presurosa de tales asechanzas, corre al castillo de Seton; y se instala con todos los conjurados,

consumiendo el tiempo primero de su prematura viudez en partidas de caza, en apuestas al tiro, en giras y en comilonas.

Una grande agitacion debia seguir á estos desafíos á la conciencia pública. Edimburgo ardia. Los ojos de los horrorizados súbditos se fijaban en el abandonado palacio de sus reyes y lo ceñian de siniestras maldiciones. Decíase por los mercados que saldria el herrero forjador de las llaves, con que fueron franqueadas las puertas del régio dormitorio, si le aseguraban la vida. Los nombres de María Estuardo y el conde Bothwell mezclábanse á una sobre los dos cadáveres del monarca y de su paje. Los predicadores presbiterianos encendian los ánimos con sermones verdaderamente incendiarios, en los cuales el espíritu de una República cristiana latia bajo citas y versículos de los profetas bíblicos. El nombre de la Reina se mezclaba en alusiones transparentes con el nombre de todas las reinas maldecidas é idólatras. El rumor público creció tanto, que la persona mas acusada, el protervo asesino conde, se presentó en Edimburgo con cincuenta de á caballo, desafiando á cuantos le acusaban. Pero el remordimiento de su conciencia se traslucia en lo demudado de su rostro, y el recelo propio de su angustiosa situacion y estado, en su actitud indeliberada é involuntaria de llevar siempre la mano sobre la guarnicion de su daga. En esto el padre de la víctima, tio de la Reina y conde feudal de Lennox, instaba con repetidas y angustiosas instancias, resonantes en el corazon y en el ánimo de los pueblos, para que no quedara impune crimen de suyo tan horroroso y criminales de aquella enormidad y de aquel escándalo. El horror se dilatava por las naciones extranjeras. La reina de Inglaterra, que no habia jamás amado á Darnley de vivo, llorábale de muerto, recordando como tenia con él, por la sangre y por la dignidad, estrecho parentesco.

Meses habian pasado y nada se habia hecho por averiguar el crimen é infligir á los criminales el condigno castigo. Su propio suegro, designaba nominalmente á María la persona de Bothwell como reo; y María daba sin escrúpulo al acusado favor, poder, fortuna, el mando de su palacio de Edimburgo, territorios inmensos, privilegios múltiples, una verdadera soberanía. Tales favores aumentaban el escándalo; y tal escándalo, mantenido por los requerimientos de Francia é Inglaterra, precipitó el proceso, y obligó, no á



seguirlo con arreglo á las leyes, sino á simularlo con mayores y mas terribles crímenes. En vano el conde Lennox pedía que fuera preso el matador de su hijo, para que pudiesen así asegurarse las resultas del proceso; en vano instaban para lo mismo la corte de Francia con suplicantes instancias y la córte de Inglaterra con amenazadoras instancias. María no cedió al voto de su pueblo y de los pueblos extraños, hasta que tuvo segura la salida inmediata del proceso. Los jueces de Bothwell fueron sus cómplices. El tribunal estaba presidido por un hombre manchado de sangre. Doscientos arcabuceros y cuatro mil infantes custodiaban al reo, sin duda, para responder de su inocencia. El acusador no pudo entrar en la ciudad, porque solamente le permitieron la compañía de cuatro hombres, cuando su enemigo llevaba mas de cuatro mil. Despedido amorosamente por la Reina; caballero en la mejor cabalgadura del difunto Rey; entre dos filas de guardias que lo llevaban en procesion aumentando la pompa; seguido de un cortejo de ricos hombres, á cual mas adornado y gallardo; entró con aires de triunfador en el tribunal; y para que nada le faltase recibió, á los pocos minutos de haber entrado, un abierto mensaje de la Reina, escrito por entero de su puño. Inutil decir, despues de todo esto, lo fingido y vano de aquel simulacro, concluido por el escándalo de una increíble absolucion.

Bothwell no habia inmolado á Darnley, tanto por aborrecerlo, como por heredarlo. De consiguiente no le bastaba con la privanza régia, queria la mano de su soberana y la real diadema. El corazon de aquella mujer y el trono de aquella Escocia exacerbaban todos sus deseos, y removian todas sus ambiciones. Mas dos obstáculos inmediatos se presentaban, su matrimonio con la hija de Gordon y la inmediata viudez de María. ¿Cómo repudiar á una jóven virtuosa, cuyo amor codiciara tanto, y cuyo enlace tanto acrecentara su poder y su fortuna? ¿Cómo podia unirse inmediatamente con la Reina, cuando todas las conveniencias aconsejaban un plazo necesario entre uno y otro enlace, para conocimiento y legitimidad de la progenie? No tenia límites el escándalo. Un gentil-hombre animoso lo expuso en toda su desnudez á María; y tuvo que desterrarse á Inglaterra para huir del asesino. La nobleza se vió amenazada de muerte y constreñida con coacciones á complacerse y holgarse de público en el nefasto enlace. Despues de un siniestro

banquete, á que asistian los caballeros mas importantes, Bothwell les sacó asentimientos y firmas á su proyecto con amenazas de muerte. Ningun obstáculo posible al torrente de aquella voluntad impetuosa. Las damas preferidas de María eran por el conde proscritas de su lado, para que nadie absolutamente hiciese sombra de modo alguno á su favor y á su privanza. Aquella hija de cien reyes, soberana de Escocia, que reinara un dia en Francia con tanto brillo, habíase reducido á mísera cautiva de un brutal soldado. Cinco dias antes del proceso, y medio mes despues del crimen, obligó Bothwell á María con amenazas á que firmase régiamente y sin excusa la promesa de matrimonio.

Pero ¿cómo verificarlo entre un hombre recién casado y una mujer recién viuda? Entonces, en tal aprieto, inventaron y convinieron de comun acuerdo un mentiroso raptó. So pretexto de ir á visitar la persona de su hijo, saldria de su palacio la Reina con débil escolta por el campo inmenso; y su favorito, apostado en cierto sitio tambien convenido, y con gran golpe de gente, la robaria, conduciéndola, como violentada y por fuerza, bajo su mano, á uno de sus castillos, donde se uniria con ella, despues de haberla públicamente deshonrado, y por motivo y razon de esta misma deshonor. La comedia se representó al aire libre, como se habia ensayado. Para evitar escándalos mayores, las dos Iglesias, la católica y la protestante, convinieron en desligar el doble matrimonio de Juana Gordon y el conde Bothwell, sin lo cual no podia verificarse á su vez el doble matrimonio del conde Botwell y María Estuardo. En efecto, el 3 de Mayo, dia mismo de la promulgacion del divorcio, apareció María Estuardo por las calles del asombrado Edimburgo, en una enjaezada hacanea, cuyas bridas de oro llevaba el conde Bothwell á pié, mientras las gentes de este lanzaban las armas al paso de la Reina, para demostrar como habia salido del cautiverio y recobrado su libertad completa. En efecto, esta libertad tan grande aprovechóla para ceder su diadema y admitir en su tálamo al asesino de su segundo esposo. La ceremonia se verificó en el antiguo palacio de los reyes y segun los ritos católico y protestante. A la verdad no podia quedar tal crimen impune. Si un castigo no hubiese venido sobre ambos, diríamos que le faltaba Dios al Universo y al hombre la conciencia.

El dia mismo de la boda, y al volver de la iglesia, Bothwell trató á su